

“MENÉNDEZ PELAYO” Y LA *RETORICA* DE ORTEGA CONTRA LA RESTAURACIÓN

Pro captu lectoris habent sua fata libelli
Terencio Mauro

1. Introducción

La influyente retórica de Ortega contra la Restauración, a través de su tópico de desautorización, “Menéndez Pelayo”, es uno de los factores intelectuales que explica el destino desgraciado de polarización ideológica entre “nacional-católicos” y “republicanos” que ha sufrido la figura y la obra de Menéndez Pelayo desde los años 20 del siglo pasado. Por ello es necesario revisar críticamente este tópico orteguiano, si como pedía no hace mucho Julián Marías nos decidimos a devolver la figura de Menéndez Pelayo al lugar que la corresponde en la Restauración, y convertimos su obra de una vez por todas en patrimonio de todos. El primer centenario de la muerte del maestro santanderino es desde luego un buen momento para intentarlo:

Acabo de hablar de Marcelino Menéndez Pelayo en su Santander, escribe Marías, en la Universidad Internacional que lleva su nombre. No está incluido en el admirable “espesor del presente” que caracteriza a la cultura española, que hace posible que autores muertos hace muchos años sigan plenamente vivos, sean leídos, no solamente estudiados, susciten admiración, repulsa, discusión .. [Polémicas innecesarias, el haber sido poco y sesgadamente leído, explican que] no haya llegado a integrarse en su lugar, en la espléndida época que fue la Restauración, lo que ahora están descubriendo el conocimiento y la buena fe. Por esto ha quedado

fuera de lo plenamente actual, no enteramente vivo. Urge remediar ese error; habría que poner a Menéndez Pelayo en su verdadera situación allí donde le corresponde estar (VVAA: 2003: 229-233).

2. La formación del tópico argumentativo “Menéndez Pelayo” en la correspondencia del joven Ortega

La correspondencia del joven Ortega entre 1905 y 1907 es reveladora de su toma de posición frente Menéndez Pelayo que era por entonces un símbolo, una personalidad indiscutible de la cultura española, cuando la crisis de fin de siglo había desprestigiado por completo su proyecto de renovación de nuestra tradición cultural pre-ilustrada –la intelectualidad del 98 le representaba, v.g. Ramiro de Maeztu, como “un triste coleccionador de naderías muertas”–, y volvía a predominar hacia la misma la actitud krauso-institucionista de desprecio y olvido. Las cartas están escritas desde ciudades como Leipzig, Berlín y Marburgo, en las que estuvo en su primer y segundo viaje a Alemania, y en un momento, por un lado de distanciamiento de las formas intelectuales de los *hombres-de-letras*, y, por otro, de inmersión en la lengua y en la cultura alemana y de primera asimilación de la filosofía de la cultura neokantiana en Marburgo. La retórica de las cartas es diferenciada según el asunto y los destinatarios –su padre, su madre, su novia, su amigo Navarro Ledesma, Unamuno, Tejedor–, pero casi siempre encontramos la manifestación sincera y confiada del pensamiento en evolución de un joven aprendiz de filósofo que se siente llamado a protagonizar el destino generacional de la nueva España.

Menéndez Pelayo, como Echegaray, Pérez Galdos, y otras figuras consagradas de la cultura del momento, no representa un valor de futuro en el programa generacional que va urdiendo el joven Ortega; peor aún, es visto por éste como un lastre de la Restauración que puede impedir el compromiso activo de los jóvenes con la nueva España. “El mismo valor cultural significan M. Pelayo y Pidal: *ni de uno ni de otro sale una gota de cultura*”, le escribe a su padre. “En ella [la labor cultural de M. Pelayo] tiene Ud. una cultura que nace muerta”, le confirma a Unamuno. Y a su novia Rosa le hace la siguiente confidencia sobre su primo Ricardo Spottorno: “...Ha tomado demasiado en serio a Menéndez Pelayo y otros grandes hombres de los nuestros para que no se le haya muerto el ánimo y no se contente con un papel pasivo y de espectador en esta almoneda que vamos a hacer a cinco años vista.”(CJE: 1991: 339)

El joven Ortega se rebela contra la consagración de las figuras de la Restauración en la opinión pública. La apoteosis de Echegaray con

motivo de su reconocimiento con el Premio Nobel, le hace sufrir “lo indecible”. Y el apoyo en bloque de la intelectualidad liberal a Menéndez Pelayo con motivo de las elecciones a Director de la Real Academia Española, que le produce una indignación casi patológica, tal vez sea la situación desencadenante de su posicionamiento ante el mismo. Se propone firmemente poner de manifiesto e imponer ante la opinión pública en los próximos años su tasación de todas las figuras de la cultura: “En España, pues, es preciso que antes de quince años nadie valga sino lo que debe valer...” (CJE: 1991: 338).

Menéndez Pelayo aparece en la correspondencia del joven español como un pseudo valor cultural de efectos perniciosos que ha de ser tasado como merece y puesto en su lugar fuera de la escena pública. Esta voluntad manifiesta de comunicar a la opinión pública su valoración negativa de Menéndez Pelayo no es arbitraria, ni gratuita. En la carta de 12 de diciembre de 1906 de respuesta a su padre, que había calificado sus opiniones sobre el insigne académico de “*boutade* a lo Manolito Bueno”, de “éxtasis nervioso en la soledad” y de “irritante injusticia”, el joven Ortega asegura no sólo que ha leído todo Menéndez Pelayo y buena parte de los Menéndez Pelayos de otros países, con los que le ha comparado, sino que ha meditado largo tiempo sobre su significado en el presente y en el porvenir de la cultura española. Lo que su padre considera una *boutade*, es en realidad una creencia firme de su vida intelectual: “*Boutades* en que va ardiendo una vida, le confiesa a su padre, seguirán tal vez siendo en el fondo *boutades*, pero el idioma las distingue benévolo y las llama religiones.” (CJE: 1991: 262)

No cabe duda de que Ortega tiene una lectura de Menéndez Pelayo, interesada no tanto en el análisis de su labor como historiador y crítico o en el aprovechamiento de su aportación al conocimiento de nuestro patrimonio intelectual y literario, como en su posición intelectual y en los efectos del programa de recuperación de la tradición y de relanzamiento de la “cultura nacional” que las impulsa, sobre nuestra vida cultural en los albores del siglo XX. En esta lectura, Ortega retoma la posición krausoinstitucionista frente a nuestra tradición pre-ilustrada, asumiendo las demoledoras fórmulas contra Menéndez Pelayo de los intelectuales del 98, e interpreta la aportación cultural del maestro santanderino desde los vislumbres en filosofía de la cultura de su primera estancia en Marburgo.

Algunas manifestaciones en la carta a su padre del 12 de diciembre, ponen de manifiesto efectivamente que su lectura de Menéndez Pelayo no atiende a su aportación historiográfica: “... la medida cultural de un

hombre la dan sus discípulos: ¿Quiénes son y que han hecho los discípulos de M. Pelayo? Si quieres hacerte una idea clara, lee los prólogos de la Nueva Biblioteca Rivadeneira que inició M. Pelayo con un prospecto de una ridícula y anticientífica fanfarronería” (CJE: 1991: 263). Ortega parece pensar principalmente en Adolfo Bonilla y San Martín y en Ramón Menéndez Pidal, que publicaron prólogos en la Nueva Biblioteca de Autores Españoles, pero no debía de tener presente a Asín Palacios, Elías Tormo, ni sospechaba probablemente que Rafael Altamira lo incluía también entre sus maestros. Menéndez Pelayo extendía entonces su magisterio a las principales figuras de lo que tal vez podría llamarse el 98 científico en lo que a las ciencias históricas se refiere. Por otra parte, ese juicio de Ortega sobre el *Prospecto* refleja su choque frontal con el programa menéndezpelayiano de renovación de nuestra tradición cultural y su visión pesimista de la situación presente, que se expresa con acentos retóricos en el primer párrafo de esa introducción de la *Nueva Biblioteca de Autores Españoles* y que parece alentarla; pero en modo alguno está a la altura del valor historiográfico de ese proyecto editorial en sí mismo, ni del magnífico trabajo histórico-crítico mediante el cual el historiador santanderino justificaba y trazaba en dicho *Prospecto* las líneas maestras de esta continuación de la Biblioteca de Rivadeneira.

El joven Ortega aspiraba a las cátedras regentadas en la Universidad de Madrid por los herederos del krausismo: “Tengo ya bastante decidido –le escribe a su padre– a qué género de cátedras me opondré. Este es el que siempre tenía pensado: Estética, Metafísica (Fernán. y González y Salmerón están para irse)...” (CJE: 1991: 237). Y, en su correspondencia, defiende las tesis iniciales de aquéllos frente a nuestra tradición científica en la polémica de *La ciencia española* (1876), como si ésta nunca hubiera tenido lugar (EO-U: 1987: 58); incluso parece seguir el diagnóstico de nuestra decadencia cultural, cifrado en 1856 por Sanz del Río en la ausencia del sentido de la idealidad, la carencia de tradición filosófica y la perpetuación de una tradición religiosa y teológica dogmáticas, que permanecen al margen de la duda de la razón. En carta a su padre, Ortega se lamenta de que, en un pueblo ahogado por los dogmas y la falta de crítica, se venga a convertir a Menéndez Pelayo en un nuevo dogma.

El joven Ortega parece partir de las descalificaciones vertidas sobre Menéndez Pelayo por la intelectualidad del 98, en especial por Maeztu y Unamuno. Éste le explica su negativa a firmar la carta de los escritores de 22 de noviembre de 1906 en defensa de la candidatura del maestro santanderino a la presidencia de la RAE en los siguientes términos: “Se la

negué diciéndoles que lo mismo da que presida la Academia Pidal que M. Pelayo que el portero, y luego unas cuantas verdades respecto a este fúnebre ideóforo” (EO-U: 1987: 49). En la misma carta, el rector de la Universidad de Salamanca¹ sentencia *ex abundantia cordis* y sin mayores consideraciones: “Así se explica que la Historia de las ideas estéticas en España sea para muchos el colmo de la profundidad del saber. Todo a ras de entendederas” (EO-U: 1987: 51).

Las últimas referencias a Menéndez Pelayo en la carta a su padre de 12 de diciembre, ponen de manifiesto que el punto de vista último de su lectura de aquél son sus posicionamientos filosóficos: “... mi opinión sobre M. Pelayo es resultado de toda mi filosofía y algún día lo verás y te dolerás de haberla llamado *boutade*” (CJE: 1991: 264). El joven aprendiz de filósofo parece transitar entonces de la visión nietzscheana de la “cultura para la vida”, presente en las cartas de Unamuno, a una concepción “científica” de la cultura como “cultura clásica” que parece inspirada en la filosofía de la cultura y en la estética de Cohen (Orringer: 1979: 51-74).

En aquella visión nietzscheana, la cultura no se desarrolla históricamente como una tradición que determina y asegura el futuro, sino que se identifica más bien con la creación intelectual de formas nuevas de vida que superan el pasado e iluminan el porvenir. Dentro de ella, la historiografía basada en el historicismo decimonónico tiene un difícil encaje, y los estudios históricos sobre la tradición cultural española de Menéndez Pelayo –que responden a una concepción historicista católica, se basan en el trabajo bibliográfico y cronológico y adoptan las formas literarias de la historia como obra de arte– parecen ser mera erudición que colecciona curiosidades del pasado sin valor de futuro para la vida española.

En la correspondencia con Unamuno y con Julio Cejador, Ortega alude con entusiasmo a la concepción de “cultura clásica” que ha desarrollado en Marburgo, desde la que diagnostica la esterilidad secular de nuestra tradición cultural y explica por qué el programa de Menéndez Pelayo no puede producir ni una gota de cultura. Lo clásico está formado

¹ La dureza de estos juicios de Unamuno contrasta con su aprecio inicial de la crítica literaria de Menéndez Pelayo y de su *Historia de las ideas estéticas*... expresado en su obra *En torno al casticismo* (1895) obra en la que parece indagar las raíces históricas de la cultura española. En los juicios manifestados en esta correspondencia, parece expresarse la opinión de Unamuno, según la cual Menéndez Pelayo no es un filósofo, pero con la extremosidad del contexto epistolar en que se inserta –la indignación del joven Ortega frente al apoyo incondicional de la intelectualidad madrileña a la candidatura del santanderino a la presidencia de la RAE.

por la corriente de las producciones humanas que se han universalizado y perduran como ideas de la humanidad. El pueblo español es “heteróclito” (CJE: 1991: 662), una excepción y un caso aparte entre los pueblos de Europa, pues su cultura es una anomalía separada desde hace siglos del curso de la transmisión cultural de la humanidad en la que se vierten las creaciones del resto de las naciones europeas. Esta tradición cultural, la gran Tradición, es la corriente de ideas universales y permanentes de la humanidad en la que discurren regularmente las culturales nacionales creadoras. La fecundidad cultural está en el clasicismo, en el amor a las ideas que componen la tradición de la humanidad; el prejuicio nacional es fuente de esterilidad cultural, pues separa las producciones de un pueblo de la corriente de las ideas, de lo humano universal y permanente. Menéndez Pelayo incurre en el prejuicio nacional cuando quiere que la cultura española sea en función de lo que fue la cultura española del siglo XVI, y por eso toda su labor cultural nace muerta (EO-U: 1987: 58-59).

Este Menéndez Pelayo del “prejuicio nacional”, para el conocedor de sus obras, parece una caricatura retórica que bien podría tener su origen en el rechazo por parte del joven Ortega de la opción de aquél por la tradición española y por la estética romántica. Desde su nueva visión de lo clásico, el joven Ortega expresa su voluntad de sobreponerse a nuestra tradición cultural y a lo que considera su rasgo más característico, el realismo, es decir el odio a las ideas. Y cifra precisamente su sintonía con Unamuno, en que es “otro hombre sobreespañol decidido a negar la existencia de la realidad” (EO-U: 1987: 55).

Esa voluntad de superación del realismo cultural español, que se sirve teóricamente de la concepción neokantiana de lo clásico, parece correlacionada con uno de los supuestos temáticos del tópico orteguiano “Menéndez Pelayo”: la reducción de la realidad histórica de España a su presente circunstancia mediante la invención de la anti-tradición y la consecuente aproximación contrafáctica a nuestro pasado cultural. En este modelo de aproximación histórica se afirman las posibilidades tenidas en el pasado, reales o ficticias, pero que fueron arruinadas o derrotadas por la tradición histórica triunfante que se niega. El adanismo orteguiano² es precisamente la actitud retórica que corresponde a su invención

² Esta retórica adánica hace tierra quemada de la propia realidad histórica mediante argumentos “del verdadero tal” o “del muñeco de paja”, al tiempo que abre posibilidades de futuro sin pasado practicando el mesianismo y mediante argumentos contrafácticos, por ejemplo en *Meditaciones del Quijote*.

de la anti-Tradición española. El sentido utópico de ésta es liberar por completo de su pasado intelectual el presente de la cultura española que se pretende funcionalizar desde la filosofía de la cultura neokantiana. El futuro de los españoles, piensa el joven Ortega, ha de construirse desde la propia circunstancia y pasa por la negación de la propia tradición:

¿No es cruel sarcasmo que luego de tres siglos y medio de descarriado vagar, se nos proponga seguir la tradición nacional?

¡La tradición! La realidad tradicional en España ha consistido precisamente en el aniquilamiento progresivo de la posibilidad de España. No, no podemos seguir la tradición. Español significa para mí una altísima promesa que sólo en casos de extrema rareza ha sido cumplida. No, no podemos seguir la tradición; todo lo contrario; tenemos que ir contra la tradición, más allá de la tradición. De entre los escombros tradicionales, nos urge salvar la primaria substancia de la raza, el módulo hispánico, aquel simple temblor español ante el caos. Lo que suele llamarse España no es eso, sino justamente el fracaso de eso. En un grande, doloroso incendio habríamos de quemar la inerte apariencia tradicional, la España que ha sido, y luego, entre las cenizas bien cribadas, hallaremos como una gema iridiscente la España que pudo ser.

Para ello será necesario que nos libertemos de la superstición del pasado, que no nos dejemos seducir por él como si España estuviese inscrita en su pretérito. (OC: I, 793)

No hemos tenido tradición cultural moderna –en nuestro pasado sólo hay un clásico, Cervantes, el resto han sido en el mejor de los casos posibilidades no realizadas–, y no volveremos a tenerla hasta que los españoles creen cultura en el cauce de la “cultura clásica”. En este marco teórico aparece también la reflexión del joven Ortega sobre la latinidad. Confiesa compartir la convicción de Julio Cejador³, según la cual la cultura latina ha sido muy perjudicial desde el punto de vista lingüístico para la cultura española, así como simpatizar con su intento de poner al euskera en el origen de todas las lenguas, en particular de las lenguas ibéricas; en hacer hincapié, por ejemplo, en las raíces no latinas del lenguaje de Cervantes. Pero le corrige al aceptar que desde el punto de vista estético para la cultura española “*todo Renacimiento es y será un renacimiento sobre el clasicismo greco-romano*” (CJE: 1991: 663); una opinión cercana,

³ Ex-jesuita que había sido docente en Deusto donde se empapó de las tesis vascoiberistas de Pablo Pedro Astarloa.

por cierto, a la que defendió el joven Menéndez Pelayo en su Memoria de cátedra, donde la unidad de origen y de estilo era vista como el elemento aglutinante de las literaturas hispánicas. En esta carta expresa su deseo de leer en el Ateneo unas conferencias sobre Platón que “serán la primera piedra en esta religión o iglesia (sic) nuestra del clasicismo. Hay que luchar contra el falso clasicismo (M. Pelayo) en pro del casticismo, que es el clasicismo científico.” (CJE: 1991: 664)

Menéndez Pelayo, visto como un erudito estéril, con “prejuicio nacional” y representante de la estética romántica, no puede ser el espejo intelectual del joven español que demanda auténticos modelos y se identifica con un ideal de “sabio especial” inspirado tal vez en Renán (Pérez: 2010: 238-239). No le menosprecia tanto como a los hombres de letras que le parecen ganapanes al servicio de los políticos o de sus aliados, los empresarios de los medios de comunicación (CJE: 1991: 353). Pero no le ve como un auténtico educador que aporta una visión del mundo desde la que puedan construir su futuro las jóvenes generaciones (CJE: 1991: 613), ni tampoco como a un científico que tiene “el secreto de las certidumbres”. Defiende la necesidad de basar el ejercicio intelectual en el cultivo riguroso de alguna ciencia positiva, pues sólo éste enseña a conseguir y transmitir auténticas certezas; y contrapone el “sabio especial” que como Ramón y Cajal mantiene “el espíritu a temperatura filosófica” desde alguna ciencia natural o humana específica, al erudito de cultura general que como Menéndez Pelayo escribe de muchas cosas sin ofrecer certeza ninguna (CJE: 1991: 601). “¡Non multa, sed multum!” (OC: I, 338), será la corrección que le hace en *Nueva Revista* (1910).

Las figuras de Hippolyte A. Taine y Ernest Renan representan el paralelismo francés de la contraposición entre Menéndez Pelayo y Cajal. Renan consiguió más certidumbres e ideas fecundas e influyentes que Taine, porque penetró a fondo en “la ciencia de tres o cuatro idiomas y civilizaciones” (CJE: 1991: 601). Por esto mismo considera que los estudios de lingüística comparada de Julio Cejador son dignos de la ciencia alemana, no así los estudios eruditos de Menéndez Pelayo (CJE: 1991: 237).

3. El tópico “Menéndez Pelayo” en la retórica de Ortega y Gasset contra la tradición nacional de la Restauración y de la España franquista

El análisis de las citas de Menéndez Pelayo que aparecen en las obras completas de Ortega (OC: 2004-2010: I-X) según sus índices onomásticos, revela que su proyecto de tasación negativa de aquél ante la

opinión pública tuvo un desarrollo estratégico efectivo en sus escritos. Con la excepción de la primera cita de Menéndez Pelayo que aparece en *Los terrores del año mil* (1904) (OC: I, 312) al defender que la Reconquista no fue una lucha por ideas, sino por la tierra, y del elogio ocasional de un pasaje histórico del volumen tercero de *Orígenes de la novela* en su artículo “Shylock” (1910) (OC: II, 107), el resto de las referencias son correcciones de una autoridad negativa imaginaria, caricaturizada con una ironía y desdén que alcanza con frecuencia el sarcasmo. Comentaré brevemente el tópico orteguiano “Menéndez Pelayo” defensor de la ciencia española, contrario a la educación laica, de las brumas germánicas, de los estudios cervantinos, y de la filosofía del “sentido común”.

Los primeros atisbos del joven Ortega en Marburgo sobre la “cultura clásica” son el marco teórico de su artículo *La ciencia romántica* (1906) que es la ciencia española –presentada como la práctica “bárbara. Mística y errabunda” de algunos individuos–, a la que contraponen la “ciencia clásica” de Francia y Alemania que progresa disciplinada dentro de la tradición científica universal. Esta contraposición, que no resiste el análisis histórico, representa en realidad una hipérbola, una exageración retórica ordenada a comunicar al lector su rechazo de la institución científica española del momento y su ideal de vida científica protagonizado especialmente por la ciencia alemana. Paralela a esa contraposición retórica opera en ese escrito la confrontación entre el “científico clásico”, Julio Cejador, cuya tesis sobre el euskera como lengua primordial y originaria de los pueblos ibéricos elogia, y el representante de la “ciencia romántica”, Menéndez Pelayo, cuya aportación historiográfica en las tres ediciones de *La ciencia española* deshecha con un sarcasmo falaz y fácil, mera reformulación de una descalificación similar de Unamuno:

Menéndez Pelayo, cuando juvenil y hazañero, rompió aquellas famosas lanzas en pro de la ciencia española; antes de su libro entreviáse ya que en España no había habido ciencia: luego de publicado se vió paladinamente que jamás la había habido. Ciencia, no; hombres de ciencia, si. Y esto quisiera hacer notar. Nuestra raza extrema, nuestro clima extremo, nuestras almas extremosas no son las llamadas a dejar sobre la historia el recuerdo de una forma de vida continua y razonable... (OC: I, 90).

En *Pidiendo una biblioteca* (1909), que es una denuncia de la carencia de fondos científicos en la Biblioteca Nacional que presidía por entonces Menéndez Pelayo, simplifica y tergiversa el pensamiento de éste sobre nuestra historia científica en los términos siguientes:

En *La ciencia española*, o mejor dicho, en una nota de la reedición (notas que acusan un poco más de continencia en el nacionalismo del autor), se percató el señor Menéndez Pelayo de que en la llamada cultura española han faltado las matemáticas: en cambio –viene a decir– hemos cultivado grandemente las ciencias biológicas (OC: I, 237).

La defensa de la tradición nacional, protagonizada por el joven polemista de *La ciencia española*, es algo que irrita sobremanera al joven Ortega que pasa por encima y desdeña su valoración del punto de vista histórico y su aportación bibliográfica y cronológica en aquella obra. El rechazo incondicional del propio pasado filosófico-científico que se considera un obstáculo para la incorporación de la ciencia alemana en la vida cultural española, desencadena una actitud adánica que obstaculiza cualquier posible lectura orteguiana de *La ciencia española*.

El único escrito de Menéndez Pelayo que fue objeto de un pormenorizado análisis crítico por parte de Ortega y Gasset, fue la carta privada de 1 de enero de 1910 que aquél envió al Obispo de Madrid a fin de disculpar su ausencia en el *mitin* católico organizado “para solicitar de los Poderes Públicos la clausura de las escuelas laicas” (Menéndez: 1956-59: III, 116). Todavía dividía los ánimos el fusilamiento del fundador de las Escuelas Modernas, Francesc Ferrer i Guardia, en la dura represión del anarquismo que siguió a la Semana Trágica. Menéndez Pelayo se presenta en la carta como “uno de tantos católicos españoles, sin autoridad para levantar la voz ante mis conciudadanos”, y dice haberla escrito con el único fin de hacer constar su “adhesión a la protesta cristiana y española que elocuentes voces han de formular mañana” (*Ibid.*).

Como era de esperar, la carta del flamante director de la Real Academia de la Historia fue leída en diferentes mítines católicos y, publicada por ABC el 3 de febrero, tuvo una gran repercusión en la prensa española. *El Imparcial* del 10 de febrero contenía un artículo de Ortega, *Catecismo para la lectura de una carta*, ordenado a rebatir las severas palabras de Menéndez Pelayo contra la “escuela sin Dios”, que es “la escuela laica en el sentido en que la predica el odioso jacobinismo francés, cándidamente remedado por una parte de nuestra juventud intelectual y por el frívolo e interesado juego de algunos políticos” (*Ibid.*). Ortega era uno de esos jóvenes para los que el objeto de la religión es “la emoción de la humana moralidad, no un ser, sino el mero sentimiento de relación ética entre los hombres” (OC: I, 331) y que elevaban la “pedagogía científica” de Pestalozzi a los altares, viendo en ella la cumbre de toda pedagogía:

“Pues esta es la Teodicea de Pestalozzi. ¡Palabras divinas del divino educador! ‘Dios es para los hombres sólo al través de los hombres, el Dios de los hombres’” (*Ibid.*).

La argumentación esgrimida por el joven científico que se sitúa en la tradición de la Antiteodicea, contra el reverenciado católico que apela a los principios de la Teodicea cristiana, es cuestión de lucimiento; lo relevante del escrito es la intención manifiesta de desautorizar ante la intelectualidad liberal la figura de Menéndez Pelayo, identificándola con la imagen de un teólogo del pasado que va contra la pedagogía entera. Hasta el final del escrito, en un párrafo cargado de sarcasmo, el joven Ortega no revela el nombre del autor de la carta que había ocultado retóricamente hasta ese momento, para justificar a renglón seguido su desdén:

¿Y si en algún archivo, en algún libro raro o simplemente curioso se descubriera que esa carta fue realmente escrita y la compuso don Marcelino Menéndez Pelayo, qué diríamos? No diríamos nada: sería más bien sazón para el estupor. Sentiríamos la más sincera congoja, nos descubriríamos con reverencia, no quitaríamos una letra de ese catecismo; pero doliéndonos gravemente de los casos de la vida, pondríamos en movimiento nuestra capacidad de respetar (*Ibid.*).

El historiador católico volvió a ser desautorizado con ironía en el artículo orteguiano sobre la escuela laica, publicado por la Revista Europa el 10 de marzo de 1910, por oponerse a la tesis “la pedagogía científica es la escuela laica” (II, 882).

Lo cierto es que el maestro santanderino cifró su labor intelectual en el trabajo histórico crítico de restauración de la tradición intelectual y literaria española que a su juicio había sido interrumpida por la ingerencia político-militar y cultural francesa en torno a 1790; no en impartir doctrina, educar y guiar al pueblo, tareas estas que consideraba competencia de la Iglesia católica. Muy otras eran las convicciones y la pretensión intelectual del joven Ortega que parece experimentar un cierto *pathos* de la distancia histórica frente al viejo erudito católico, como una figura de intelectual preilustrado ya superada, que generaliza indebidamente a sus obras. Seguramente, el autor del *Catecismo...* no había gastado mucho tiempo en la lectura de la *Historia de los heterodoxos españoles*, pues no acierta a desentrañar la expresión menendezpelayiana “odioso jacobinismo francés” que encuentra un referente textual directo en el apartado de aquella obra dedicado a la heterodoxia en la época de Fernando VII, donde se comenta el escrito *El Jacobinismo* del humanista José Gómez

Hermosilla, o en la referencia al club de los jacobinos en el apartado sobre Regalismo y Enciclopedia de la misma obra.

Las reflexiones del joven Ortega sobre la “cultura clásica” y sobre la latinidad encuentran una formulación más madura en el apartado “Cultura mediterránea” de *Meditaciones del Quijote* (1914), donde Europa es una creación de los pueblos germánicos que tienen una cultura de profundidades, mientras que la latinidad es una cultura mediterránea de superficies. Una vez germanizadas, las culturas mediterráneas como la española están constituidas y tienen que desarrollar esas dos dimensiones: la superficialidad de la impresión y la profundidad del concepto. Desde esta dualidad esencial de las culturas mediterráneas, denuncia el efecto ponzoñoso de los libros de Menéndez Pelayo, los cuales difunden una contraposición engañosa entre “claridad latina” y “oscuridad germánica” que ha contribuido a cegar la dimensión de profundidad de la cultura española:

Cuando yo era muchacho leía, transido de fe, los libros de Menéndez Pelayo. En estos libros se habla con frecuencia de las “nieblas germánicas”, frente a las cuales sitúa el autor “la claridad latina”. Yo me sentía, de una parte, profundamente halagado; de otra me nacía una compasión grande hacia estos pobres hombres del Norte, condenados a llevar dentro una niebla....Más tarde he podido averiguar que se trata simplemente de una inexactitud, como otras tantas con que se viene envenenando a nuestra raza sin ventura. No hay tales “nieblas germánicas”, ni mucho menos tal “claridad latina”. Hay sólo dos palabras que, si significan algo concreto, significan un interesado error (OC: I, 773).

La obra de Menéndez Pelayo es teñida de sospecha y desacreditada mediante una analogía que la identifica con un veneno cultural. Esta analogía es en realidad una falacia de generalización indebida, pues en los libros de Menéndez Pelayo no se encuentra la expresión “nieblas germánicas”, y la expresión equivalente “nieblas hiperbóreas” aparece en dos obras juveniles de carácter estético, superadas por los desarrollos teóricos dados a su obra en los años ochenta.

En la “Epístola a Horacio” (diciembre 1876), publicada en el *Horacio en España* (1877), entre los versos con los que el joven poeta Menéndez Pelayo reconoce con dolor la superioridad y el dominio de la cultura alemana en el mundo de la ciencia, de la jurisprudencia y del arte, y expresa su adhesión incondicional a Horacio, encontramos uno que dice: “¡Lejos de mí las nieblas hiperbóreas!” (Menéndez: 1952: VI, 31). Y en la

“Carta a mis amigos de Santander con motivo de haberme regalado la *Bibliotheca Graeca* de Fermín Didot” (marzo 1879), publicada en *Odas, epístolas y tragedias* (1883), en un paso en que el joven poeta considera imposible el sueño de Goethe de un clasicismo greco-germánico, leemos los versos: “¿Quién fantaseó de griegos y teutones/ Sacrílego consorcio? Entre la niebla/ De las ásperas cumbres hiperbóreas (...)” (Menéndez: 1955: II, 66).

En el “Ufílogo” del *Horacio...*, Menéndez Pelayo cuestiona la estética alemana contemporánea y critica con dureza a los teóricos españoles que la siguen, dañando el buen gusto con pedanterías y cuestiones oscuras e inabordables; y tras expresar su deseo de restaurar a Horacio, escribe: “En el brillante cielo del Mediodía nunca dominarán las nieblas del Septentrión. Para nosotros los pueblos latinos, la vida debe estar en el espíritu cristiano y en la forma clásica depurada. Sangre romana, no bárbara es la que corre por nuestras venas” (Menéndez: 1952: VI, 523). Pese a que el ardoroso joven pone juntas en este contexto estético a la Roma clásica y a la católica, siempre mantuvo en su obra la autonomía de la dimensión estético-artística.

Sin embargo, la segunda edición revisada del *Horacio...* (1885), estuvo a punto de salir sin ese “Ufílogo” que apareció finalmente con una nota general de Menéndez Pelayo en la que lamenta su extremosidad y exclusivismo juveniles frente a la estética alemana contemporánea y una ampliación de su criterio estético, sin renunciar eso sí a su preferencia personal por Horacio y el clasicismo greco-latino. El lector de su prólogo a la traducción de José J. Herrero *Enrique Heine: Poemas y fantasías* (1883) tenía ya constancia de esa ampliación del punto de vista estético con el que el crítico santanderino se acerca y valora la poesía alemana: “Educado yo en la contemplación de la poesía como escultura, he tardado en comprender la poesía como música” (1942: V, 408). Más aún, el lector de la *Historia de las ideas estéticas en España*, en particular de su extensa exposición de la estética alemana del siglo XIX, que quiso presidida por la claridad, constata de manera inequívoca que el historiador santanderino no identificaba ya con “nieblas hiperboreas” a la estética alemana desde Kant y los kantianos hasta Wagner y los wagnerianos, y muchísimo menos la estética de Hegel y de la escuela histórica alemana que daban a su juicio el nivel de la ciencia estética contemporánea. Como tampoco el lector de la ingente obra histórico-crítica de Menéndez Pelayo encuentra con frecuencia referencias a las “nieblas germánicas”, sino más bien el aprovechamiento y el elogio de las aportaciones de la filosofía y

de las ciencias históricas alemanas contemporáneas en lo que se refiere a la estética y al conocimiento histórico crítico de la cultura española.

Ortega seguirá escribiendo lo mismo en *Prólogo para alemanes* (1934), aunque en ese contexto no hay referencia concreta a Menéndez Pelayo sino a su generación: “La generación de los viejos se había pasado la vida hablando de las “nieblas germánicas”. Lo que era pura niebla era sus noticias sobre Alemania.” (OC: IX, 133).

No me detendré en la referencia de Ortega en “Restauración y erudición” a la falta de “perspectiva crítica” (I, 772) de Menéndez Pelayo, por carecer de “la experiencia de lo profundo”, representativo sin duda de su contraposición de procedencia fenomenológica “superficie-profundidad” (Orringer: 1979: 156) y de su valoración de la cultura finisecular, pero que no está a la altura de la crítica literaria desarrollada por el autor de la *Historia de las ideas estéticas en España*, como se pone de manifiesto en sus descalificaciones de aquél en su adánica incursión en los estudios cervantinos.

Cervantes es en *Meditaciones del Quijote* una experiencia esencial de “plenitud española”, acaso la mayor. Su estilo, “su manera de acercarse a las cosas”, es la clave secreta de la vida de la nueva España, que nadie ha podido hasta ahora desentrañar. Quien se aproxime a su obra, sin embargo, debe mantenerse “a una distancia respetuosa de la intimidad del gran novelista”, para no decir “alguna cosa poco delicada o extravagante” como hizo Menéndez Pelayo. Ortega remacha en este pasaje su mistificación del autor del Quijote con el siguiente “touché” cargado de autosuficiencia y desdén, en el que ni siquiera nombra al maestro santanderino, sino que le refiere mediante una descripción propia que le convierte en representante de la vieja España:

Tal aconteció en mi entender al más famoso maestro de literatura española, cuando hace no muchos años pretendió resumir a Cervantes diciendo que su característica era... el buen sentido. Nada hay tan peligroso como tomarse libertades con un semidiós –aunque éste sea un semidiós alcablero (OC: I, 793-794).

La verdad es que Menéndez Pelayo nunca resumió a Cervantes caracterizándole por el “buen sentido”, ni defendió la tesis del “ingenio lego”, más bien amonestó a los cervantistas que se oponían a la exaltación de *El Quijote*, por considerar que era el feliz azar de un “genio precipitado”, en los siguientes términos: “Todas las obras de Cervantes, aun

las más débiles bajo otros respectos, prueban una cultura muy sólida y un admirable buen sentido. Nadie menos improvisador que él, excepto en su teatro” (Menéndez: 1942: I, 337).

Menéndez Pelayo no mistificó a Cervantes, pero su aportación a los estudios cervantinos, recogida principalmente en *Estudios y discursos de crítica histórica y literaria* y en *Orígenes de la novela*, fue la propia de un verdadero maestro de literatura española que tiene una lectura contrastada y profunda de la obra de Cervantes, en especial de *El Quijote* (Menéndez: 1942: I, 355-356), a la vez que abierta y respetuosa con las más dispares opciones cervantinas (Menéndez: 1942: I, 312).

El tópico de negación de autoridad “Menéndez Pelayo” alcanza un tono sarcástico burdo y esperpéntico en escritos del maestro en el erial como “Una historia inédita”, incluida en su *Introducción a Velázquez* (1947), en donde se sirve de aquélla para comunicar que los estudios sobre Lope de la crítica española, con los de Menéndez Pelayo a la cabeza⁴, han sido “nulos decires y colosales estupideces o vano amontonamiento de inoportunas erudiciones” que dejan intacto lo esencial, e. d. la idea del teatro llamado “clásico” en cuanto solaz de los españoles, y escribe:

No obstante lo cual, por grotescas e inoperantes razones no intelectuales, se ha querido estos años galvanizar la sombra inerte del buen don Marcelino, especialista en Lope de Vega –por eso lo cito–, como si Menéndez Pelayo fuera un hombre que ha dicho cosas de las cuales se puede vivir, que es lo que hay perentoriamente, inexorablemente que reclamar de quien pretenda ante su pueblo valer como pensador. Pero vaya dicho en honor de Menéndez Pelayo que él no pretendió jamás ser tenido por tal y sabía muy bien el trabajo que le había costado, hacia el fin de su vida, llegar a ser discreto (OC: IX, 891).

Y también la utiliza en su *Prospecto del Instituto de Humanidades* para ironizar sobre la excesiva valoración de los estudios clásicos –“Menéndez Pelayo llamó a los estudios clásicos “médula de león”. Sospechamos que exageraba este señor” (OC: VI, 534)– o para defender su visión del Renacimiento como una etapa “revolucionoide” en *Renacimiento, Humanismo y Contrarreforma (I)*:

⁴ Desde luego no parece tener en cuenta Ortega las polémicas habidas en nuestro siglo XVIII en torno al teatro clásico español y que recuerda Menéndez Pelayo en su exposición de ese siglo en la *Historia de las ideas estéticas en España*, de manera especial en los capítulos II y III.

Menéndez Pelayo –que no solía tener razón– tiene un pedazo de ella cuando considera el Renacimiento como un movimiento subversivo... que en el enorme poliedro de afanes y tendencias integrantes del Renacimiento había una faceta de pura y simple subversión, una cara revolucionaria es el fragmento de razón que indudablemente tenía Menéndez Pelayo (OC: IX, p. 1168).

Vanos gestos retóricos en una década que experimentó la puesta en marcha de la Edición Nacional de las obras completas de Menéndez Pelayo desde el CSIC que publicó en cinco volúmenes la *Historia de las ideas estéticas en España* (1940), en siete volúmenes los *Estudios y discursos de crítica histórica y literaria* (1942), en cuatro volúmenes *Orígenes de la novela* (1943), en diez volúmenes la *Antología de poetas líricos castellanos* (1944), en dos volúmenes la *Historia de la poesía hispanoamericana* (1948), en un volumen los *Ensayos de crítica filosófica* (1948), en ocho volúmenes la *Historia de los heterodoxos españoles* (1948) y en seis volúmenes los *Estudios sobre el teatro de Lope de Vega* (1949).

En esta circunstancia española de menendezpelayismo y ortegafofia, el viejo filósofo dibuja con singular desdén la figura del “Menéndez Pelayo filósofo” en una cita del pasaje de *La idea de principio en Leibniz* (1947), donde caracteriza la filosofía aristotélico-escolástica como una filosofía del sentido común, es decir que parte de principios que son nociones comunes asumidas de manera ciega por sugestión colectiva: “Entre las cosas cómicas de la infortunada vida intelectual española durante el pasado siglo, debe contarse que Menéndez Pelayo considerase haber dado cima a una hazaña emigrando, en la madurez, del escolasticismo a la filosofía escocesa del sentido común, que era cosa pareja a si hubiese decidido salir de Malaguilla para entrar en Malagón” (OC: IX, 1097). Y más adelante en el mismo apartado, para resaltar su propia concepción radical de la filosofía y de los principios, apostilla que no “cabe más incapaz filosofía que la “filosofía del sentido común”, que era, por cierto, la de Menéndez Pelayo” (OC: IX, 1129). Había pasado sin duda Ortega por encima de aquel pasaje de la *Historia de las ideas estéticas...*, en el que el seguidor de Llorens previene ante juicios precipitados sobre la escuela de Edimburgo⁵.

⁵ “Como toda escuela progresiva y que ha recorrido un ciclo completo, la escuela de Edimburgo presenta singulares matices de doctrina y una independencia notable entre sus pensadores, desde Hutcheson hasta Adam Smith, desde Smith a Reid, desde Reid a Fergusson, desde Fergusson a Dugald-Stewart, desde Dugald-Stewart hasta el Dr.

Menéndez Pelayo no fue, ni se consideró nunca un filósofo. Tampoco fue aristotélico-tomista, como puede constatar cualquier lector de sus polémicas juveniles con Alejandro Pidal y con el Padre Fonseca en la segunda y la tercera edición de *La ciencia española*; sino que más bien fue partidario de una concepción abierta y actualizada de la filosofía cristiana, que demandó abiertamente en los momentos de expansión del neotomismo con León XIII. Compartía la concepción cíclica de la historia, según la cual las culturas pasan de los períodos de estilo y de síntesis a los momentos de crisis y disolución, desde los que vuelven a levantarse a los períodos de plenitud. Estaba convencido de que su tiempo era un momento histórico positivo y crítico dominado por la filosofía alemana, un período kantiano, y se interesaba por los precursores españoles de Kant, en especial por Vives; pero se adscribía a la versión que hacía del mismo Llorens i Barba, sirviéndose principalmente William Hamilton. El lector de sus exposiciones de la estética alemana, inglesa y francesa del siglo XIX, tiene constancia de su dominio nada común de esa disciplina filosófica que a su juicio era clave para el estudio crítico de las artes en general y de la literatura en particular.

4. Conclusión

La correspondencia del joven Ortega entre 1905 y 1907 es reveladora de su toma de posición frente Menéndez Pelayo que se había convertido en un símbolo de la cultura española cuando la crisis finisecular había desprestigiado por completo su programa historiográfico de restablecimiento de nuestra tradición intelectual y literaria interrumpida a finales del siglo XVIII. El aprendiz de filósofo se rebela contra el encumbramiento de aquél como una personalidad indiscutible y expresa su voluntad de comunicar a la opinión pública su tasación negativa del mismo, pues le considera un estéril erudito con prejuicio nacional que representa un pseudo valor cultural de efectos nocivos para la generación joven. En este posicionamiento general frente a la figura y la obra de Menéndez Pelayo, retoma la posición krauso-institucionista frente a nuestra tradición de pensamiento pre-ilustrada, asumiendo las demoledoras fórmulas contra Menéndez Pelayo de los intelectuales del 98.

El análisis de las referencias a Menéndez Pelayo que se encuentran

Brown, desde Brown hasta William Hamilton y Mansel. ¡Cuán lejanos están de conocer el interesantísimo desarrollo de esta escuela los que la creen reducida a un empirismo psicológico, basado en el criterio trivial del sentido común!” (Menéndez: 1994: I, 1049)

en los escritos (Figura 1) de Ortega y Gasset, según los índices de las obras completas, pone de manifiesto que éste desarrolló estratégicamente esa voluntad manifiesta de comunicar a la opinión pública su tasación negativa de aquél. En ninguno de sus escritos se toma demasiado en serio la obra de aquél, cuyos planteamientos y tareas simplifica o generaliza, tergiversa o descontextualiza. “Menéndez Pelayo” es más bien un tópico de negación de autoridad o desautorización de la retórica orteguiana frente a la cultura de la Restauración, regido por la falacia del muñeco de paja, que aparece en escritos juveniles de afirmación de su influencia intelectual —la última cita está en el artículo *¿No hay hombres o no hay masas?* (1921)—, desaparece en su etapa de plenitud, y vuelve a aparecer siguiendo el mismo patrón estratégico en escritos pensados para la circunstancia nacional-católica de la España de Franco.

Este tópico orteguiano de desautorización, lejos de basarse en una lectura ponderada de las obras de Menéndez Pelayo y en una valoración de su aportación histórico-crítica al conocimiento de nuestra historia intelectual y literaria, nace de un rechazo en bloque de las mismas y de una voluntad incondicional de borrar su figura de la escena pública, justificados por el joven Ortega desde su concepción del intelectual como “sabio especial”, inspirada en Renán, y desde los vislumbres de la “cultura clásica” que desarrolla en su primera estancia en Marburgo. La actitud adánica del rupturismo reductor de nuestra tradición a circunstancia, propia de un inventor de la anti-Tradición española que ve en nuestro pasado cultural la negación de nuestras posibilidades de modernidad en el futuro, obstruye y ciega cualquier posible lectura de las obras histórico críticas del maestro santanderino, y es el impulso discursivo que alimenta toda la retórica orteguiana frente a la cultura de la Restauración, así como el tópico de desautorización “Menéndez Pelayo” que forma parte de ella.

GERARDO BOLADO
UNIVERSIDAD DE CANTABRIA

Referencias bibliográficas

- Cartas de un joven español (1891-1908)* (1991). Edición y notas de Soledad Ortega. Prólogo de V. Cacho Viu, Madrid: El Arquero. En las citas “CJE”.
- Epistolario completo Ortega-Unamuno* (1987). Edición de Laureano Robles. Introducción de Soledad Ortega. Madrid: El Arquero. En las citas “EO-U”.
- HERNÁNDEZ SÁNCHEZ, Domingo (2000), *Índice de autores y conceptos de la obra de José Ortega y Gasset*, Madrid: Fundación José Ortega y Gasset. p. 159.
- MASSÓ LAGO, Noé (2005), “En torno a los 26 años de Ortega y Gasset: La rigurosa cronología viviente”. *Circunstancia*. Año III, Número 6.
- MENÉNDEZ PELAYO, Marcelino (1994). *Historia de las ideas estéticas en España*, 2 vols., Madrid: CSIC.
- MENÉNDEZ PELAYO, Marcelino (1942). *Estudios y discursos de crítica histórica y literaria*, 7 vols., Santander: CSIC.
- MENÉNDEZ PELAYO, Marcelino (1952). *Bibliografía hispano-latina clásica*, 10 vols., Santander: CSIC. VI. *Horacio en España*.
- MENÉNDEZ PELAYO, Marcelino (1955). *Poesías*, 2 vols., Santander: CSIC. II. *Odas epístolas y tragedias*.
- MENÉNDEZ PELAYO, Marcelino (1956-59). *Varia*, 3 vols., Santander: CSIC. III. “Carta sobre las escuelas laicas”.
- ORRINGER, Nelson R. (1979), *Ortega y sus fuentes germánicas*. Madrid: Gredos.
- ORTEGA Y GASSET, José (2004-2010). *Obras Completas*, X tomos. Madrid: Fundación Ortega y Gasset / Taurus. Según los índices onomásticos, hay referencias a Menéndez Pelayo en los lugares siguientes: *Los terrores del año mil*, “*La leyenda*” (I, 312); *La ciencia romántica* (I, 90); *Stumpfheit* (VII, 168); *Pidiendo una biblioteca* (I, 237); *Catecismo para la lectura de una carta* (I, 326-331); *Nueva Revista* (I, 338); *Shylock* (II, 107); *El arte de este mundo y del otro* (I, 434); *Meditaciones del Quijote*: “Restauración y erudición” (I, 771-772), “Cultura mediterránea” (I, 773), *La crítica como patriotismo* (I, 793-794; *España invertebrada*: “¿No hay hombres o no hay masas?” (III, 476); *La idea de principio en Leibniz*: “La fantasía cataléptica de los estoicos” (IX, 1097, 1129); *Apéndice a La idea de principio en Leibniz*: “Renacimiento, humanismo y contrarreforma I” (IX, 1168); *Introducción a Velázquez*: “Una historia inédita” (IX, 891); *Prospecto del Instituto de Humanidades. Sentido de las nuevas humanidades*, (VI, 534)
- PÉREZ GUTIÉRREZ, Francisco (2010). “Ortega y Menéndez Pelayo”, en “*Historia de las ideas estéticas en España*”. *Estudios*, Santander: RSMP - PUBLICAN.
- VV.AA. (2003). *Sobre Menéndez Pelayo*, Santander: UIMP.
- ZAMORA BONILLA, Javier (2002). *Ortega y Gasset*, Barcelona: Plaza y Janes.

Esquema 1

LUGAR	TEMA	TRATAMIENTO	TONO	AUTORIDAD
<i>Los terrores del año mil, "La leyenda"</i> (I, 312)	La Reconquista fue una lucha por la tierra, no por ideales.		Irónico	Positivo (+)
<i>La ciencia romántica</i> (I, 90)	Corrección a <i>La ciencia española</i> de Menéndez Pelayo (MP).	Simplifica y tergiversa	Sarcástico	Negativo (-)
<i>Stumpfbett</i> (VII, 168)	MP es un mandarín	Tergiversa	Irónico	Negativo (-)
<i>Pidiendo una biblioteca</i> (I, 237)	Contra la supuesta opinión de MP en <i>La ciencia española</i> : No ha habido matemáticas pero sí biología española	Simplifica y tergiversa	Irónico	Negativo (-)
<i>Catecismo para la lectura de una carta</i> (I, 326-331) La escuela laica (Pedagogía social como programa político) (II, 882)	Defensa de que la pedagogía científica es la educación laica de Pestalozzi.	Descontextualiza	Sarcástico	Negativo (-)
<i>Nueva Revista</i> (I, 338)	Negación de cuanto compone la España actual.	Simplifica y tergiversa	Irónico	Negativo (-)
<i>Shylock</i> (II, 107)	Crítica del antisemitismo	Recomienda lectura	Elogioso	Positivo (+)
<i>El arte de este mundo y del otro</i> (I, 434)	Posicionamiento frente al realismo de la cultura española	Simplifica y tergiversa	Irónico	Negativo (-)
<i>Meditaciones del Quijote: "Restauración y erudición"</i> (I, 771-772)	Falta de perspectiva crítica de MP	Arbitrario y extravagante	Sarcasmo e ironía	Negativo (-)
Ibidem, "Cultura mediterránea" (I, 457, 773, 781); Prólogo para alemanes (sin referencia explícita a MP) (IX, 133)	Crítica de la defensa de MP de la claridad latina frente a las nieblas germánicas	Tergiversa y generaliza	Victimista y acusatorio	Negativo (-)

Ibidem, <i>La crítica como patriotismo</i> (I, 793-794)	Corrige la supuesta opinión Menéndez Pelayo: la característica de Cervantes es el "buen sentido".	Tergiversa	Sarcasmo	Negativo (-)
<i>España invertebrada</i> : "¿No hay hombres o no hay masas?" (III, 476)	No hay figuras de la cultura, hay masas.	Simplifica	Ironía	Negativo (-)
<i>La idea de principio en Leibniz</i> : "La fantasía cataleptica de los estoicos" (IX, 1097, 1129)	MP pasó del tomismo a la filosofía del "sentido común".	Simplifica y tergiversa	Sarcasmo burdo	Negativo (-)
<i>Apéndice a La idea de principio en Leibniz</i> : "Renacimiento, humanismo y contrarreforma I" (IX, 1168)	Opinión de MP sobre el Humanismo	Simplifica	Sarcasmo burdo	Negativo (-)
<i>Introducción a Velázquez</i> : "Una historia inédita" (IX, 891)	MP especialista en Lope de Vega que no ve lo obvio.	Extravagante y arbitrario	Ironía	Negativo (-)
<i>Prospecto del Instituto de Humanidades. Sentido de las nuevas humanidades</i> , (VI, 534)	MP exagera la importancia de los estudios clásicos en las humanidades	Descontextualizado	Irónico	Negativo (-)